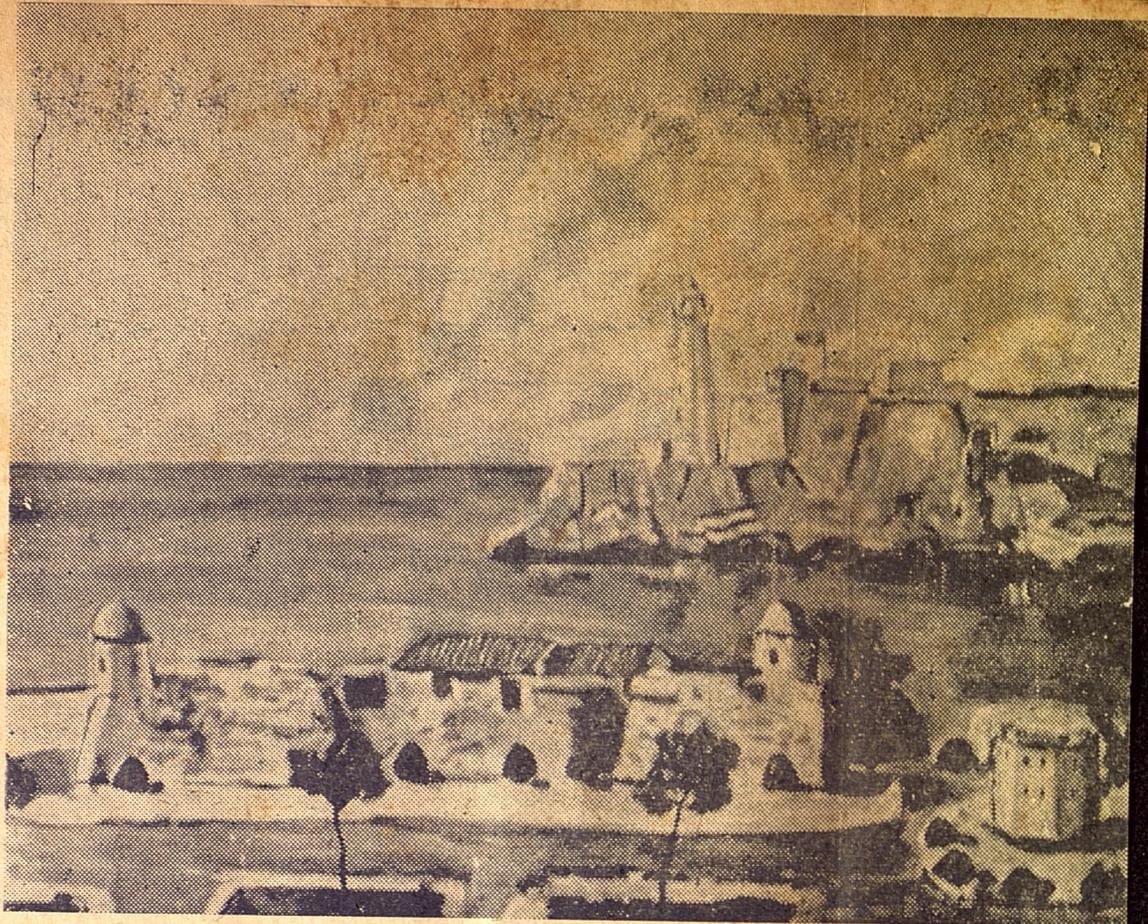


EL MORRO DE LA HABANA

Hogar

Mayo 1956

Por Agustín ACOSTA



Junto a la Fortaleza de la Cabaña, castillo construido en 1763-1774, por el ingeniero don Silvestre Abarca, en terrenos cedidos por don Agustín de Sotolongo, y a la misma entrada del canal que embotella la bahía de La Habana, se alza el Castillo de los Santos Reyes del Morro, obra del ingeniero Antonelli, que vino a La Habana en tiempos de Felipe II. Gobernaba la isla el Maestro de Campo don Juan de Texeda.

Frente a esas fortalezas hermanas álzanse también, menos imponentes aunque no menos históricos, el Castillo de San Salvador de la Punta, obra del propio Antonelli, sede, durante muchos años, del Estado Mayor de la Marina de Guerra; y el Castillo de la Fuerza, que da albergue en los días actuales a la Biblioteca Nacional.

Decir el Morro de La Habana es como decir la Giralda de Sevilla, el Alcázar de Toledo, la Torre de Pisa. En la imaginación del viajero que viene con rumbo hacia La Habana, el Morro se yergue altivo, solitario, orgulloso de su faro granítico, investido por la Historia de épica majestad.

Fortificación excepcionalmente famosa, fué contruida en 1589, y parece desafiar la eternidad. No le arredra el curso de los siglos; y si antaño tuvo atributos de baluarte inexpugnable, y por varios siglos constituyó el símbolo de la defensa y de la seguridad de La Habana, y de la soberanía de España en esta Isla, hoy no es sino una reliquia histórica de aquella dominación, un recuerdo grave y grandioso del poderío

ibérico, un monumento respetable, si inútil para el propósito en virtud del cual fué edificado, inapreciable en cuanto a su valor trascendental, por lo que entraña y significa.

No puede decirse, en justicia, que el Morro haya sido bastión peleador, mas tiene a lo largo de su tranquila historia un episodio que aún hoy, en estos días de escepticismo y de negación, sería digno de la epopeya. Este episodio no es otro que aquel en que un puñado de hombres, al mando del comandante Luis de Velazco, resistió heroicamente, hasta morir, el asedio que puso al Castillo la escuadra inglesa, al mando del almirante Jorge Pocock, y el asalto que siguió al asedio de la propia fortaleza, el día 30 de julio de 1762.

Cuatro banderas han ondeado a

los vientos atlánticos en el mástil del Morro; la de España, la de Gran Bretaña, la de los Estados Unidos y, por último, la bandera de Cuba. Esta se izó, al asombro del mar, el día 20 de mayo de 1902, bajo la presidencia de don Tomás Estrada Palma.

Un poeta, enamorado del azul de su bandera patria, compuso en honor de ella, en sus años juveniles, esta espinela que se recita hoy en las escuelas públicas:

*Gallarda, hermosa, triunfal,
tras de múltiples afrentas,
de la patria representas
el romántico ideal.
Cuando agitas tu cendal,
—sueño eterno de Martí—
tal emoción siento en mí,
que indago al celeste veío
si en tí se prolonga el cielo,
o el cielo surge de tí...!*

Hogar, Mayo 1956

PATRIM
DOCUM
OFICINA DE
DE LA H